

Homónimos

David Alberto Fuks

Con respecto a una persona, otra que tiene el mismo nombre. Con respecto a una palabra, otra que, siendo igual, tiene distinta significación. Homónimos.

Hay una historia contada por los judíos de Europa central: “¿Vas acaso allá? ¡Estarás tan lejos! ¡Lejos, de dónde?”

Una vez alterado el mapa, nunca se está más en ningún país; la experiencia de habitar el nombre propio será, para sus pobladores, una práctica del todo olvidada.¹ La Shoá, ese nombre que nos estremece y nos obliga a mirar; la industrialización de la muerte y el exterminio.

David Fuks escribe un libro que es un registro, una especie de ordenamiento cívico que, al nombrar, crea una jurisdicción. Digo jurisdicción, como quien dice *juris- dictio*. Porque el derecho se hace al nombrar. De manera tal que el poema distribuye una pertenencia, el derecho a un espacio, a un tiempo, a una vida. David Alberto Fuks el poeta, el poeta legislador, hace justicia: *las imágenes son abstinentes/ y no obstante documentales*.

David Fuks no es el abogado Lee Masters escribiendo los epitafios contra las falsas crónicas de las lápidas sobre la piedra- papel del “Spoon River”, esa antología de muertos, de voces de muertos de un pueblo que, en verdad, no existía. Voces agolpadas alrededor de un *ubi sunt*, ¿dónde están los que antes de nosotros existieron en el mundo?² “¿Dónde están Elmer, Herman, Bert, Tom, Charley, / el débil de voluntad, el de fuerte brazo, el payaso, el borracho, el de las peleas...¿dónde están Ella, Kate, Mag, Lizzie y Edith...dónde están tío Isaac y tía Emily, / y el tío Towny Kincaid y Sevigne Houghton y el Mayor Walker?” Se encuentran en la colina, allí se encuentran sus restos, pero sus voces está entre los vivos, constituyen el cuerpo del poema; están muertos, pero hablan.

¹ Cohen, Esther. “Los narradores de Auschwitz” Lilmod. México, 2006

² Lee Masters, Edgar. “Antología de Spoon River”. Cátedra. Madrid, 1993

David Fuks no es el abogado sepulturero Lee Masters. David Fuks sabe que sus homónimos no habitan ni siquiera el nombre *¡Ay cuánta soledad en las cifras despobladas!* No tiene que sepultarlos, su tarea es de exhumación, ¿pero de dónde? si solo habitan el aire. Paul Celan en su Fuga de muerte lo sabía: “grita tocad más sombríamente los violines luego subiréis como humo en el aire/ luego tendréis una fosa en las nubes allí no hay estrechez”. “Todesfuge” , la fuga, tanto una composición musical como el “fuge” que en alemán significa mortaja. Exhumar el aire; la mortaja de la muerte no cubre los cuerpos, ellos no están allí.

Pero, ¿dónde? ¿dónde están? *Ubi sunt*. Una pregunta que alcanza al lugar, pero que tendría que referirse también al tiempo: ¿cuándo? Y otra vez Celan respondiendo: “ es hora que sea hora”

David Fuks, el poeta legislador, el poeta no sepulturero, el poeta que no antologa, el poeta que escribe y certifica *Nada que haya dejado de ocurrir*. Un tiempo discontinuo. La falta cruel de los cuerpos y de sepultura es una usurpación a su humanidad, una usurpación que fue preparándose hasta convertir el hombre en despojos *devienen grilletes eficientes, especializados/ y reglamentados a través de sucesiones de montaje,/ de maquinarias espeicalizadas por ex humanos artefactizados*, dice el poema de Fuks.

La relación retórica del poeta con la calamidad consistirá en la utilización de la prosopeya, la suplantación de un hablante ausente o su personificación. Homónimos. Como las víctimas no han tenido un cementerio, explica Elie Wiesel , los vivientes/ sobrevivientes se convierten en sus tumbas.³ *Prosopon- poiein* significa poner un rostro, de manera tal que el rostro original puede estar ausente o no existir, en una operativa que enfatiza su naturaleza ilusoria. Homónimos. Una identificación que conecta el ahora y el aquí de los vivos con el allí y el entonces de los muertos. Jerome Rothenberg produce una “poética como lenguaje de los muertos” escribiendo en “Khuburn”: “hacer los gestos de los muertos, morir nuevamente, hacer que los muertos actúen su muerte nuevamente, es eso lo que quiero sentir. Los muertos son mis maestros y viven dentro de mí”.

La retórica de la identificación como un ardid en la opacidad de la memoria, porque identificarse “con” no significa necesariamente

³ Gubar, Susan. “Poetry After Auschwitz”. Indiana University Press. Indiana, 2003

identificarse “como”. Ante la memoria dañada, el poeta asume la función ética de la literatura, una función litúrgica; así en la tradición bíblica judía los antepasados son nombrados como “nosotros” y no como “ellos”, “cuando fuimos (nosotros) expulsados de Egipto...”. La ficción lírica desenvuelve el desasosiego empático bajo la conciencia sensitiva y la intensidad intelectual. La sintaxis, el ritmo, el tono, la musicalidad habilitan el atravesamiento de esa línea entre los muertos y los vivos ya que son los hombres quienes mueren, no los hechos. Milosz lo describe en su “Ars Poetica”: “el propósito de la poesía es hacernos recordar/ cuán difícil es mantenerse siendo solo una persona/ ya que nuestra casa está abierta, no tiene llave en la puerta/ y visitantes invisibles entran y salen cuando quieren”.

El poeta en su subversión nos enseña el absurdo de limitar nuestro devenir a una sola persona, a un solo tiempo. Así adviene la justicia poética.

De estos fastidios se beneficia un contrato de escritura,/ de la incomodidad del amor que testimonia acerca del odio, escribe David Fuks bajo el eco de aquella frase kafkiana “la vergüenza de ser un hombre ¿acaso existe mejor razón para escribir?” La era del testimonio está inundada de esta turbación. Ante la terrible amenaza de perder la voz, la crueldad de ser un sin nombre.

“Vivía, en los últimos meses, en un estado para el que no existe nombre ni en ruso ni en alemán, probablemente en ninguna lengua del mundo, un estado entre la resignación y la espera” dice Joseph Roth. Un estado que no tiene nombre, ni siquiera en castellano. *No Name, Ningún Nombre, Nomen Nescio*. Homónimos. El decreto *Nacht und Nebel* de la Alemania nazi incorporó en sus siglas el NN y así se trasladó a los desaparecidos en la Argentina. *La muerte procrea alaridos anónimos.../ y el mundo.../ ovula brumas/ Una vez más*. Una vez más, dice Homónimos, dice David Fuks, dice el poeta, el legislador, el escribano, no el sepulturero. Una vez más cuando escribe acerca del pueblo que construye su nombre, esa fundación, pero, esta vez, en América del Sur.

Mi pueblo Fuks...un Fuks... así como Joseph Roth muestra el desfallecimiento en el dolor de nombres que paulatinamente se vacían: Tunda, Trotta, Taitinger... David Fuks, concibe una lengua posible para concebir nombres y concebir historias que pudiesen desembarazarse de la atrocidad. David Fuks, el poeta legislador, es el partero de palabras que dejan de ser clandestinas. Palabras como rostros, como espejos; homónimos. Ser responsable de él, responder por él. Toda palabra escrita

oculta otra palabra, aclara Edmond Jabès, otra palabra no completamente inaprehensible, pero diferida sin cesar e infinitamente más esencial.⁴ Es hacia allí que se dirigen los nombres de los Fuks. Nombres olvidados, el desborde de la palabra en sus extremos, su exilio, allí donde André Neher entiende que la A no es el comienzo sino lo anterior, y la Z no es el fin sino la apertura. Una genealogía, una filiación en la metáfora del desierto: *para ganarle la espantada a la asfixia/ respira bestialidad, resopla aún en el fugaz estío/ pues el viento es fibroso allí y difícil de masticar.*

Buscame en los registros, poeta: yo también me llamé Anna Fuks.

Ana Arzoumanian

⁴ Jabès, Edmond. "Del desierto al Libro". Alción editora. Córdoba, 2001